

Vivir de amor, de fraternidad: Don y tarea de los religiosos

A Don Hélder Cámara le gustaba repetir: “Mira cómo vives. Quizás sea este el único Evangelio que tu hermano lea”. La vida religiosa es ante todo “vida”. Sin el sustantivo “vida” el adjetivo “religiosa” no tendría mucho sentido. Los religiosos estamos llamados a dar vida, a cantar un “canto nuevo” (Salmo 149), a estrenar una existencia marcada por la felicidad, la fecundidad, la fidelidad y la fraternidad; una forma de vida que tiene que ser una alternativa, que transparente evangelio, que encarne otro modo de ser Iglesia y otra cultura.

Este número de Testimonio nace de una gran convicción: *lo que más necesitamos en la Vida Consagrada hoy día es amor*. Ello supone una conversión espiritual que nos llene de alegría que nos lleve a volver al amor primero (Apocalipsis 2, 4) y al amor “segundo”; y a no olvidar que “al atardecer de la vida nos examinarán en el amor” (San Juan de la Cruz); nos van a examinar en la fraternidad. Así podremos ofrecer, sobre todo a las nuevas generaciones, una espiritualidad fresca, viva, personalizada, apasionada y comprometida.

Ya en el 2004 en el congreso mundial de la Vida Consagrada se pudo escuchar: “Queremos deciros con sencillez y sinceridad que hambreamos comunidades religiosas que sean como esos espacios verdes en las ciudades donde se respira aire de Dios y de Humanidad y estamos hartos de vida en común... Se deben presentar los elementos de la vida en comunidad que la hacen una potente interpelación de la fraternidad como espacios verdes, cálidos, donde se es uno mismo, se comparte la vida y también se es consciente de los límites y/o frustraciones a superar” (Robert Giraud, un religioso joven participante).

La renovación de la Vida Consagrada en nuestros días no puede ser solo ni principalmente un acto administrativo-pastoral sino *una experiencia pascual que se transforma en el fuego del amor y de un fuego que enciende otros fuegos*. Así también se convertirá en un relato que nos encante y apasione con la propuesta de la fraternidad, como vemos en varios de los artículos y en una de las experiencias de este número.

A veces nos encontramos con religiosos vacíos de amor o con una Vida Consagrada escasa de amor. Pero en esta forma de vida no se puede vivir con indiferencia ante el amor. Según Jesús la condición para ser una buena persona no es la autoestima y confianza en sí mismo, sino la capacidad de amar y de responder a la necesidad de cariño de los despreciados. *No podemos olvidar que nuestra vida vale lo que vale nuestro amor*. La capacidad de educar personas y de formar religiosos en el amor y para amar es decisiva, ya que el ser humano “no puede vivir sin amor” (Juan Pablo II, *Redemptor Hominis*, 10). Esta es la gran tarea del religioso.

La fraternidad nace del amor; de un amor sin límites como nos propuso Jesús. *Necesitamos un amor nuevo y que no sea otra cosa que volver al corazón del evangelio* (Evangelii Gaudium 36). *En una palabra, necesitamos amar y amar más y mejor*. El evangelio despierta en cada uno de nosotros el corazón filial y fraterno que a veces duerme en nosotros.

Pero esa posibilidad no se dará mientras la Vida Consagrada sea presentada, asumida y vivida *como una forma de existencia marcada sobre todo por grandes renunciaciones*; renunciaciones a las satisfacciones de las fuertes tendencias que hay en nosotros: al tener, al poder y al gozar; renunciaciones a la ternura, al cariño y al sencillo afecto propio de la auténtica vida de fraternidad, de la realidad, de la comunidad y de la familia; renunciaciones a la apasionada misión que encarna una entrega generosa para multiplicar el fuerte impulso que garantice la verdad, el bien y la belleza. Lamentablemente, así la Vida Consagrada, se ha transformado con alguna frecuencia en *una forma de convivencia rígida, aislada, dura, y hasta deshumanizadora y poco humanizada*; en ella prima el rechazo, el *no integrar e incorporar el amor al proyecto de vida*.

Se nota demasiado “que algunos consagrados están sosteniendo un relato que no sienten suyo. No gozan y no provocan un efecto llamado porque lo que viven no es, en absoluto, anuncio de una vida feliz” (L. A. Gonzalo Díez). No viven de horizontes, sino que simplemente sobreviven acometiendo determinadas emergencias. ¿Falta la fraternidad? ¿Falta bondad, ternura, cariño y felicidad? Vivir y convivir con una persona de buen corazón es el mejor regalo que nos puede hacer la vida y, en concreto, la vida religiosa. Es fuerte afirmarlo, pero es una realidad para bastantes religiosos que el *amor no cuenta lo suficiente* como afirma alguno de los autores de este número de Testimonio. Sin embargo, no podemos dejar de repetir que